



“La persona moribunda necesita morir como la persona somnolienta necesita dormir, y llegará el momento en que sea inútil y erróneo tratar de resistir”
(Stewart Alsop, columnista y analista político estadounidense)

MARZO | 15
2019



¡Ánimo, Marieke!

Por Marcos Serrano Galindo

Con cierta frecuencia tecleo en el buscador de internet el nombre de Marieke Vervoort en busca de información acerca de su caso. Sé que un día u otro me encontraré con la necrológica de su fallecimiento, ya sea por el curso natural de su enfermedad o por la decisión personal de haber solicitado para sí la aplicación de la eutanasia. En cualquiera de ambos casos la tristeza inundará mi corazón.

La vida de esta mujer es para mí una fuente de inspiración que me ha llevado a ser un decidido partidario de la legislación de la eutanasia. Para quien no conozca los acontecimientos más destacados de su vida, los expongo brevemente. Nació en la ciudad belga de Diest un 10 de mayo de 1979. Su vocación era la de ser maestra de guardería, y a ello se hubiera dedicado si en 2008, cuando tenía 20 años, no hubiera recibido la noticia más

devastadora que puede recibir una persona que comienza a vivir gozosamente su juventud. Había contraído una enfermedad degenerativa que comenzaría a hacerle perder movilidad empezando por las piernas en un largo proceso enormemente doloroso. Hay que empatizar con ella para cuestionarse como actuaría cualquiera en su misma situación. Ella adoptó una solución adulta y cargada de sensatez. Solicitó a la justicia belga la aplicación de la eutanasia con fecha abierta para el momento en que ella decidiera hacer efectivo el derecho que le concede la legislación de su país. Cumplió con todos los requisitos que prescribe la justicia belga como el de reunir el dictamen médico de tres facultativos que dieran su visto bueno a la decisión de Marieke. A partir de entonces la justicia belga le concedió la potestad de solicitar del sistema sanitario la ayuda necesaria para serle aplicada la eutanasia en el momento en que ella estime que su vida no reúne las exigencias mínimas para ser considerada digna de ser vivida.

Su historia no tendría mayor trascendencia, a no ser por lo acontecido en su vida desde 2008 hasta la fecha de hoy y que convierte el caso de Marieke en único y ejemplarizante. Lejos de dejarse arrear por las circunstancias adversas que le deparaba el horizonte de su destino, su encomiable deseo de vivir intensamente la empujó a convertirse en una figura mundial en el deporte paralímpico. Para ello hubo de vencer infinitas dificultades y entrenar de forma sobrehumana para ir superando marcas y logros en su especialidad: carrera de velocidad en silla de ruedas. Comenzó pronto a destacar como una de las mejores atletas de su especialidad en Bélgica y en un tiempo récord comenzó a cosechar importantes éxitos deportivos en certámenes internacionales como las Olimpiadas Paralímpicas de Londres 2012 y Río 2016 en las que obtuvo cuatro medallas, amén de un título mundial obtenido en Doha en 2015. Sus méritos deportivos (y su ejemplo vital), dada la poca atención mediática que lamentablemente acaparan estos eventos deportivos, no hubiera salido a la luz a no ser porque la prensa se hizo eco de unas supuestas declaraciones suyas que venían a decir que solicitaría la eutanasia después de su participación en Río. Después se supo que esas declaraciones no salieron de ella y sí posiblemente de alguien de su entorno. El caso es que después del ruido que se organizó en todos los medios de comunicación el nombre de Marieke salió del anonimato y a ella se dirigieron toda clase de “gurús” mediáticos, adalides del pensamiento positivo, aconsejándole, cuando no imponiéndole, que desistiera de la barbaridad de solicitar su propia muerte vaticinándole no sé qué tipo de “castigos” en el caso de que se le ocurriera dar el pésimo ejemplo al mundo de que considerar que una vida cuando no se puede vivir con cierta dignidad, lo mejor es decidir una muerte que sí la tenga.

Para todos aquellos que claman contra el derecho a la eutanasia y que pronostican una especie de holocausto incontrolado en el caso de que la ley lo ampare, el ejemplo de Marieke debe ser demoledor. Ella, pudiendo hacer efectivo el cumplimiento de ese derecho desde hace más de diez años, sigue viviendo por la simple razón de que no considera desde su soberana libertad que ha llegado su momento de morir. Las razones por las que ella ha considerado seguir viviendo para mí son indiscutibles. Cada día que despierta, seguramente tras haber pasado una noche terrible dominada por el insomnio y el dolor, encontrará un motivo importante (o no), pero suyo y nada más que suyo, para seguir respirando, aunque cada rastro de su aliento le comporte un sufrimiento que para cualquier otra persona –seguramente, incapaz de ganar medallas olímpicas– le resultaría insufrible. ¡Ánimo, Marieke! Sigue viviendo todo el tiempo que sientas como tuyo hasta

el último segundo en que la compañía de tu perro, el cariño de tus amigos o la invisible empatía de quienes te admiran, te hagan soportable el dolor de tu cuerpo y de tu mente. Pero si un día, después de haber sufrido lo insufrible y de haber demostrado que tus ganas de vivir son indomables, decides con toda sensatez que ha llegado tu hora, podrás hacer efectivo el derecho que te asiste a morir de forma digna, conciliando el sueño reparador que tu enfermedad no te permite y del que seguramente ya no despertarás.

Me he preguntado miles de veces, y no he encontrado respuesta satisfactoria alguna, acerca de las razones por las que aquellos que tienen el deber de organizar la vida de los ciudadanos que gobiernan, tratando de encontrar un equilibrio justo entre sus derechos y obligaciones para con el estado, en virtud de qué retorcidos valores a miles de millones de habitantes de todo el mundo se nos secuestra el derecho que tiene Marieke Vervoort. No creo en vuestras razones humanitarias ni en los anuncios apocalípticos que anunciáis tras la promulgación de una ley que posibilite la muerte digna. Sí, por el contrario, en vuestra incurable pusilanimidad. Cada día que vive Marieke pudiendo elegir su destino es una pesada losa que pesará sobre vuestra conciencia. Cada persona que muere consumida por el dolor y la sensación de haber perdido todo sentido de la dignidad en el acto de vivir, vuestra condena.

Diferencias importantes

Es importante señalar que, pese a que la eutanasia podría ser considerada como una especie de suicidio asistido en tanto que en ésta se requiere la ayuda de otra persona para terminar con la vida, no obstante, se diferencia en gran medida del suicidio asistido. Primero es necesario establecer que la palabra suicidio engloba dos acciones diferentes: i) quitarse la vida de forma voluntaria y elegida, es decir, una acción que se realiza después de llevar a cabo una deliberación y ii) quitarse la vida impulsivamente, es decir, no como resultado de una deliberación, sino como una forma de escape a una situación angustiante o por causa de un trastorno mental como la depresión, que impide a la persona ver claramente las cosas. El suicidio asistido hace referencia a la ayuda que una persona presta a otra para suicidarse. La eutanasia se parece al suicidio asistido en la medida en que en ésta la persona necesita ayuda para morir, pero la gran diferencia entre estas dos radica en que en la eutanasia la persona que presta la ayuda es la que realiza la acción que causa la muerte, mientras que, en el suicidio asistido la persona que ayuda solamente da los medios necesarios para el que desea suicidarse pueda llevar a cabo la acción por sus propias manos. Ambas prácticas no son legales en México.



A menudo vemos casos en los que las personas tienen el deseo de suicidarse debido a que tienen un vacío existencial o a problemas emocionales y ven la muerte como una salida. Es importante resaltar que este deseo de suicidarse es muy diferente a pedir la eutanasia. Las personas que piden la eutanasia comúnmente lo hacen porque es la última opción que tienen después de haber agotado todos los medios para curar o aliviar el dolor y sufrimiento causado por una enfermedad terminal o por una enfermedad degenerativa y sin posibilidad de cura. A menudo las personas que la solicitan han pasado por un largo proceso desde el diagnóstico de su enfermedad: tratamientos curativos sin ningún resultado, ante la inutilidad de estos tratamientos, pasan a recibir otro tipo de tratamientos para controlar o aliviar los síntomas de la enfermedad y es posible que en todo ese camino hayan perdido muchas cosas que las hacían sentirse bien. Por esto es importante pensar en la eutanasia como una posibilidad que puedan tener las personas a la mano en caso de llegar a necesitarla, recordando la metáfora de la Dra. Asunción Álvarez del Río en su libro *Un adiós en Armonía*, hay que pensar la eutanasia como una salida de emergencia: las salidas de emergencia no son utilizadas por el simple hecho de existir, de hecho, éstas sólo son utilizadas cuando se está ante una situación grave, por ejemplo, ante un incendio o ante un sismo, pero se construyen precisamente para que las personas puedan utilizarlas en estos casos. Este parece ser el caso de Marieke Vervoort quien tiene su salida de emergencia, pero aún no ha decidido utilizarla, pero sabe que está ahí para cuando la necesite.

Lina Vanessa Rueda Osorio



**GRACIAS
A TUS
DONACIONES**

podrás ayudarnos en la lucha para promover los cambios legales que necesita nuestro país, para que la eutanasia y el suicidio médicamente asistido lleguen a ser parte de nuestros derechos.

Puedes hacer tus donativos a:

CUENTA: BBVA BANCOMER DMD 0108872872

CLABE de transferencia interbancaria:

BBVA BANCOMER 012180001088728729

DMD promoviendo el derecho a elegir el mejor final de vida y la regulación legal de la eutanasia